

EL GRUPO

(De un Cuento de Paul Feval.)

I.

Es la comarca de Viñol.—Hirviente,
rebasando sus márgenes el río,
desborda sobre valle y caserío,
ruina y pavor sembrando su corriente.

No hay dique alguno al bramador torrente;
y bajo oscuro cielo, en el vacío
se pierde el congojoso vocerío
implorando piedad inútilmente.

Ya el agua asciende á la rural capilla
que alzada en un montículo de arcilla,
refugio á la espantada muchedumbre

prestara entre los muros de su torre.
Mas todo en vano ha sido; que al fin corre
el raudal inundando la techumbre.

II.

¿Qué fué entonces de Amel y de Fenora
con su tierro Raúl, á quien celeste
manto vistieron, como sacra veste,
en ofrenda á la Virgen protectora?

En sus hombros Amel, á la que adora
sostiene en alto, por que en tanto apreste
los suyos ella á su Raúl, y á éste
no ahogue la creciente asoladora.

La Virgen deja el templo al inundarse;
cruza el espacio, y mira destacarse
al niño que en su manto honrarla supo.

Vuela á salvarle; pero en vano ha sido;
que del amor ante la fuerza unido
petrificóse el angustiado grupo.

PERDURABLE.

Te negó la fortuna los primores
de la belleza corporal que ufanos
persiguen los amantes cortesanos
y cantan los gallardos trovadores.

Si del amor soñaras con las flores
¿tus sueños no serían sueños vanos?
¡Es tan difícil, ¡ay! que en los humanos
un rostro sin belleza inspire amores!

Pero á tales encantos vive ajena
el alma tuya de virtudes llena,
nunca afligida ante tu adversa suerte;

pues sabes que del rostro la hermosura
ní aun al tiempo resiste; y que fulgura
la del alma por cima de la muerte.

Los viejos peregrinos.

Nó, poeta, no es cierto que al hastio
del viejo peregrino de la tierra,
el fatigado corazón encierra
las mudas soledades del vacío.

Lo que fuera ilusión, y anhelo y brío,
—es verdad—á las almas no se aferra:
de la vejez al soplo se destierra
y de ella en derredor hay sombra y frío.

Mas en aquellos mismos corazones
donde anhelos, y bríos é ilusiones
hubo al calor de juveniles años,

arrojará del tiempo la corriente
—tortura á toda ancianidad viviente—
¡tristes memorias, negros desengaños!

Leyenda húngara.

Al patíbulo asciende audaz, sereno,
el húngaro gentil que allá en la altura
divisa envuelta en alba vestidura
á la mujer que le llevó en su seno.

El traje aquel es signo de que ajeno
á venganzas el rey, cede y la dura
sentencia se revoca. ¡Qué apostura
la del mancebo de esperanzas lleno!

Mas sobre el cuello del doncel de Hungría
el hacha del verdugo al fin caía.

¿Y el traje blanco?..... Solo es un alarde

de orgullo en una madre que no quiere
ver que temblando en el cadalso muere
el hijo de su amor cual un cobarde.

A los héroes de 1810.

El siglo que al comienzo de su historia
os vió blandir el fulminante acero,
abriendo paso al siglo venidero,
pronto será en el mundo una memoria.

Hoy viene á recordar vuestra victoria
de la centuria actual el mes postrero,
en que á la voz de Hidalgo iba altanero
un pueblo á la conquista de su gloria.

Mas no es solo del siglo diez y nueve
la noble hazaña á que la patria os mueve
al proclamar la libertad del hombre.

Mientras el sol sus esplendores vibre
y palpita en la tierra un pecho libre,
el eco sonará de vuestro nombre.

Stbre. de 1900

Las hojas caidas.

(De un Cuento Infantil.)

I

Una tarde otoñal, hállase Rosa
trepada sobre un árbol, á hurtadillas,
y corre por sus pálidas mejillas
el llanto de la pena que la acosa.

Rapazuela vivaz y cariñosa
tiene repleto de hojas amarillas
un lienzo colocado en sus rodillas,
y una aguja en la diestra primorosa.

La ve de pronto el jardinero anciano,
y le tiende solícito la mano,
mal ocultando su emocion no escasa.

—¡Que te vas á caer!—grítale presto;
baja, te ayudaré; pero ¿qué es esto?
¡Llorando estás, chiquilla! ¿Qué te pasa?

II.

—¡Llorar! Y cómo nó con lo ocurrido;
si desde anoche se enfermó *mamita*,
y esta mañana á hacer una visita
á toda prisa el médico ha venido.

Dice que el caso es grave, ya lo he oído;
y al pobre de papá nadie lo quita
de junto al lecho ahora, y con su cuita,
es naturaltambien yo me he afligido.

Luego agregó el Doctor: “Si el mal no cede,
á la caída de las hojas puede
ser el caso mortal.” Y Dios me inflama;

pues descubro que es facil el remedio.
Para que no se caigan hallé un medio:
ir cosiendo las hojas á la rama

A mis hijos.

Nunca en mi corazón labró más viva
su huella el arte que al cantar amores;
y sois vosotros palpitantes flores
que con fervor mi adoracion cultiva.

¡Cuán intenso deleite me cautiva
ante vuestra ventura; y qué temores
los del alma, si pienso en los rigores
de la fortuna á vuestro bien esquivar!

Aun al veros así, que en torno mío
desvaneceis las brumas del hastío,
no plena dicha el corazón alcanza.

En él su acíbar el recuerdo vierte
de las dos almas tiernas que la muerte
arrebató á mi amor y á mi esperanza.

ESTIVAL.

Como salido de una hornaza, el viento
olas de lumbre en el espacio agita
¡Ni la nube más tenue en la infinita
tersura de cristal del firmamento!

Mientras el sol, de su inhollado asiento
candente luz á plomo precipita,
el manantial con su frescor excita
al cuerpo en perezoso enervamiento.

Ahí un saúz elévase frondoso
y da sombra á un gañán que sosegado
duerme á la orilla del raudal undoso;

en tanto que se mueve y espejea,
bruñido al sol, el dorso bronceado
de un rapaz que en el agua chapotea.

ESTATUA.

Nadie la palma logró
de tu amor. Es tu hermosura
la de marmórea escultura
que hábil mano cinceló.

No pudo el artista, nó,
animar la piedra dura,
primor de forma y albura
que almas y ojos fascinó.

Y no asombra que en tu calma
ninguna emoción secreta
arranque á tu amor la palma;

ni exista alma de poeta
capaz de moverte el alma
dura y fría, muda y quieta.

ALBA.

La ilusión es un ave que se ufana
de vivir en ambiente luminoso;
y tiene en tí mi espíritu amoroso
la claridad de que su dicha emana.

Con el primer fulgor de la mañana
la turba alada en el follaje umbroso
despierta alegre, y su trinar gozoso
se extiende por el bosque y la sabana.

Tu imagen es, para mi sér, trasunto
del alba azul que en el confin clarea
despertando á los pájaros cantores.

Serena surges ante mí, y al punto
la parvada de sueños aletea
y al viento lanza su canción de amores.

EL BESO.

(A Manuel José Othon.)

I.

Tras la montaña occidental, su disco
sepulta el sol de vívida escarlata,
mientras la luna, como flor de plata,
asoma ya sobre el opuesto risco.

Membrudo mozo de semblante arisco,
entonando una rústica sonata
que triste por los campos se dilata,
conduce las ovejas al aprisco.

Súbito, de un arroyo en el barranco,
una recia muchacha yergue el busto
que mal cubre un jubón de lienzo blanco.

Se torna al verla en plácido y travieso
del fornido pastor el rostro adusto,
y hacia ella corre por hurtarla el beso.

II.

Y la caricia arrebató á la bella
que trás de hundir en la corriente clara
su airoso cuerpo de hermosura rara,
más tentadora en su esbeltez descuella.

Pasaron muchas tardes como aquella,
sin ceder á las súplicas, avara
siempre del don de la divina cara,
terco el mozo, indomable la doncella.

Mas ya la hermosa resistir no pudo,
y entre las manos del pastor nervudo
quedó sujeto el rostro antes huraño.

Y al sonar aquel beso apetecido,
oyóse allá á lo lejos el balido
entrecortado y triste del rebaño.

SIN A.

El sol en el cenit tiene esplendores;
tiene hermosos crepúsculos el cielo,
el ruiseñor sus trinos y su vuelo,
corriente el río, el céfiro rumores.

Tiene el iris sus múltiples colores;
todo intenso dolor tiene consuelo;
tienen mujeres mil pecho de hielo,
y el pomposo verjel olientes flores.

Tienen sus religiones los creyentes;
tiene mucho de feo ser beodo;
tiene poco de pulcro decir MIENTES.

Todo lo tiene el que lo tiene todo;
y tiene veinte mil inconvenientes
escribir los sonetos de este modo.

SIN E.

Con ojillos oscuros, luminosos,
ambas tan blancas como dos palomas,
cruzando prados y salvando lomas
hoy las ví con dos pícaros gomosos.

Iban con ambas pollas orgullosos
cortándolas aquí jugosas pomas,
dándolas más allá lícitas bromas,
pasando así las horas muy gozosos.

Cuando callaron todos los ruidos
y la pálida luz agonizaba,
los pájaros volaban á sus nidos

y sus hojas la flor mustia doblaba,
los cuatro cogiditos por las manos
tornaban á sus casas muy ufanos.

SIN I.

Blanca como la luz que el alba arroja,
pura como la flor que el aura mece,
por ella oculto, pero noble, crece
este amor que locura se me antoja.

Cuando en llanto su faz la pena moja,
¡cuán hermosa á los ojos aparecel
Tánto el pudor en ella resplandece
que al ensalzar sus galas se sonroja.

Pero su corazón Amor no altera:
yo del suyo soñando con la palma
juré adorarla con el alma entera;

¡mas todo ve con desdeñosa calma!
¿Qué alcanzará? Que grande hasta que muera
guarde entero su amor por ella el alma.

SIN O.

Gime desamparada Magdalena
víctima de pesares que la matan;
y sus pupilas el raudal desatan
de lágrimas que acusan tánta pena.

Ayer amaba de esperanzas llena;
mas ya ¿qué dichas á la vida le atan?
¿A qué vivir si así se desbaratan
venturas en que sueña un alma buena?

¡Quién jamás tal infamia imaginase!
El que al pié del altar fe la jurase
huye y la deja en amargura hundida,

á ella, siempre buena, siempre pura.....
De esa infeliz que gime sin ventura,
¡virtud, santa virtud, se tú la egidal

SIN U.

Soneto me pedís en donde omita
la postrera vocal del alfabeto;
y en dos por tres perjeñaré el soneto
si no se llega á enmarañar la pita.

Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.

¡Vanidoso!—exclamais—ante el sentido
del octavo renglon; mas yo no paso
por mote, á mi entender, inmerecido.

Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.

AGENCIA GENERAL DE ANUNCIOS. - AGUST. MARTINEZ MONTERRAN

—1904.—